

ENRIQUE AGUILAR GAVILÁN: DISCÍPULO AVENTAJADO, COMPAÑERO PARTICIPATIVO Y AMIGO INOLVIDABLE

José Manuel de Bernardo Ares

M.^a Isabel García Cano

Académicos Correspondientes

Es para nosotros una gran satisfacción poder expresar nuestros sinceros y profundos sentimientos hacia una persona que, aunque nos haya dejado físicamente, nunca nos dejará el maravilloso recuerdo que de él tenemos. Y son muchos esos sentimientos que afloran cuando pensamos en Enrique, afecto, cariño, ternura.... Y es que en todos los ambientes en donde él estaba: profesionales, sociales, familiares, etc., era el encargado de aglutinar a todos los miembros con el único objetivo de que todos disfrutaran y fueran felices, nadie como él era capaz de conseguir unir a tantas personas y tan diferentes y que todas se sintieran bien.

No hemos querido desaprovechar la oportunidad que se nos daba por parte de la Real Academia para expresar estos sentimientos, y por ello Maribel y José Manuel, compartimos este espacio, ya que ambos tuvimos en relación con él dos experiencias distintas, pero igual de plenas y, a la vez, complementarias, y una experiencia común, su amistad. En este espacio trataremos de explicitar estas experiencias para confluir al final en la más personal e íntima.

Yo, Maribel, coincidí con Enrique en nuestro período de formación, ambos alumnos de la Escuela Normal de Magisterio y en el Colegio Universitario de Córdoba y posterior Facultad de Filosofía y Letras. En el primer centro que compartimos, no llegamos a relacionarnos, Enrique perteneció a la 2^a promoción del «Plan 1967», junto con nuestro secretario, José Manuel Escobar, Plan que era de ingreso directo, y yo pertenecía al último curso del «Plan 1950» que obligaba a hacer oposición. Y fue precisamente cuando ya tenía la oposición y Enrique cursaba el último año de carrera, cuando además llegó a la Escuela una joven profesora de Lengua y Literatura, cuyas enseñanzas aprovechamos ambos grupos, era M.^a José Porro Herrera. Ella supo ganarse a todos los recién ingresados maestros nacionales, que hacíamos las prácticas de oposición, y al alumnado de la Escuela, pero además se introdujo en el corazón de Enrique de por vida.

Éramos jóvenes, entusiastas y ávidos de conocimientos y al iniciar el ejercicio de nuestra carrera docente se nos abrió simultáneamente la puerta de los estudios universitarios en Córdoba, pues en el año 1971 se inauguraba el Colegio Universitario dependiente de la Universidad de Sevilla. Para los recién ingresados en el cuerpo y para los antiguos maestros era una gran oportunidad que muchos de nosotros aprovechamos. Cursaríamos en Córdoba los dos cursos de comunes de Filosofía y Letras y al terminar ya veríamos cuál sería nuestro futuro, estudiar libres en Sevilla o Granada... Por lo pronto tuvimos que trabajar duro, porque no podíamos asistir a clase y dependíamos de los compañeros y compañeras que nos facilitaban los apuntes que ellos tomaban en clase. Y ahí comenzó a forjarse un pequeño grupo de maestros que finalmente vino a denominarse el grupo de los «maestros». Ni que decir tiene que en la formación del grupo y en la integración con el resto de compañeros la figura de Enrique fue clave. ¿Quién no conocía a Enrique? Era quien organizaba actividades para el alumnado, quien nos comunicaba todos los pormenores del día a día en nuestra trayectoria para que todos los que estaban destinados en Córdoba y los que estábamos en la provincia tuviéramos información de primera mano y nos sintiéramos integrados, quien amenizaba cualquier reunión extraescolar, era el alma porque Enrique tenía eso que los flamencos denominan «duende».

Pero se nos planteaba un problema al terminar los dos años de comunes y había que luchar por conseguir de la administración que Córdoba tuviera Facultad de Filosofía y Letras. Las autoridades provinciales, locales y académicas se pusieron manos a la obra y un grupo de alumnos apoyaron e impulsaron asimismo esta iniciativa, en donde, como no podía ser de otra manera, estaba Enrique. Recuerdo sus convocatorias para informarnos a los que estábamos fuera y su fuerza en transmitirnos todo; y por fin se consiguió. A partir del tercer curso, 1973-1974, nos dividimos: la especialidad de Lengua y los de Geografía e Historia, aunque hay que decir que el grupo humano no se dividió porque durante los años de comunes se forjaron verdaderos vínculos de amistad independientemente de las especialidades académicas.

A partir de ese momento se concretó el grupo de «los maestros» en nueve personas: nuestro querido y añorado Pedro Pablo Herrera Mesa, Rafael Vázquez Lesmes, José Castaño Hinojo, Jesús Padilla González, Ángel Escribano Castilla, José Manuel Escobar Camacho, Enrique Aguilar Gavilán y yo misma. A este grupo de maestros se unió un odontólogo, Pedro Medina Molina. Recuerdo a Enrique organizando la distribución de materias para que cada uno se responsabilizara de una asignatura tomando los apuntes de compañeros que asistían a clase, mecanografiándolos

—no había ordenadores—, y haciendo nueve copias que se distribuían religiosamente a cada uno del grupo. Cada cual con su materia hacía lo mismo, de esta manera estábamos al día de los apuntes y de todo lo que durante toda una mañana se trataba en clase. Y, aunque tuve la gran suerte de conectar muy bien con el alumnado que asistía a clase, era Enrique el que se encargaba de que «los maestros» estuviéramos bien relacionados e integrados con el resto de compañeros y con el profesorado. Conseguía que algunos profesores y profesoras nos dieran clases prácticas por la tarde como era el caso de Arte, Paleografía, H.^a de América, etc. ¿Quién le iba a negar algo a la persona que pedía para los demás y que demostraba a cada paso su interés por todo y por todos?

Y luego venía lo lúdico: cenas oficiales de curso que acababan con reuniones más particulares, excursiones, citas para recorrer los patios, etc. Y siempre la misma pregunta: Enrique, ¿has traído la guitarra? Por tanto, en lo académico y en lo social era el espíritu de Enrique el que iba por delante para tenerlo todo a punto y que todos pudiéramos disfrutar del momento y del compañerismo. Tuvimos la suerte de pertenecer a esa «Primera promoción» de Córdoba, que precisamente ahora ha hecho cincuenta años que comenzamos y que por las circunstancias del momento no hemos podido celebrar. Ya faltan varios compañeros en esa tan querida orla y que hoy recordamos con todo el cariño, que personalizamos en Enrique, nuestro Enrique.

En el último curso 1975-1976 vino, entre otros profesores, un profesor de Historia Moderna Universal y de España, José Manuel de Bernardo Ares, «Ares», que conoció a Enrique como alumno y que enseguida fue su compañero. Él ha querido asimismo plasmar sus sentimientos sobre Enrique en este merecido homenaje que le rinde la Real Academia de Córdoba, y precisamente su visión sobre Enrique da título a este pequeño artículo.

Maribel

DISCÍPULO AVENTAJADO

A mi llegada a Córdoba en 1975 impartí clases en la Facultad de Filosofía y Letras a quinto curso de Historia, entre cuyos alumnos estaban varios académicos: el también fallecido Pedro Pablo Herrera Mesa, Rafael Vázquez Lesmes, José Manuel Escobar Camacho, Maribel y, desde luego, Enrique Aguilar Gavilán. Aunque hace 46 años de aquel momento no olvidaré nunca a esa promoción, porque aquellos alumnos constituyeron mi primer contacto con la sociedad cordobesa y, además de ser un ejemplo de trabajo y responsabilidad puesta de manifiesto por quienes tuvimos

la suerte de formar parte del profesorado que los atendió, fueron una excelente plataforma personal a través de la que me familiaricé con la sociedad cordobesa, formando desde entonces parte de ella ininterrumpidamente.

COMPAÑERO PARTICIPATIVO

Aunque Enrique era maestro nacional en ejercicio, una vez licenciado en Geografía e Historia se vinculó a la recién creada Facultad de Filosofía y Letras en el Departamento de Historia Moderna, Contemporánea y de América. Entonces tuve la oportunidad de conocerlo como compañero y comprobar su capacidad para establecer excelentes relaciones con los miembros del Departamento, así como con todos los compañeros de la Facultad y de la Universidad. En él encontramos un inmejorable ejemplo de generosidad hacia los otros. Para él la alteridad —«el otro»— estaba por encima y por delante del «yo», de todo individualismo, que hace de aquel «engreído yo» la conducta personal más generalizada. Tener en cuenta «a los demás» rompe de forma eficiente con todo tipo de egolatría, facilitando de esta manera una genuina comunidad, por no decir mejor una enriquecedora fraternidad.

SECRETARIO EFICAZ

Cuando me nombraron director del referido Departamento, el 25 de noviembre de 1996, Enrique desempeñó el cargo de Secretario, desarrollando una gestión ejemplar durante cuatro años hasta el 28 de noviembre de 2000. Desde la Secretaría se atendían todos los asuntos departamentales, ya fueran científico/docentes o administrativos. Y Enrique los resolvía todos con generosa dedicación profesional y, sobre todo, con una encomiable disponibilidad personal. Hermanar de esa manera lo institucional con lo personal dota a la Universidad de una dimensión social, no sólo inolvidable, sino también muy operativa de cara al futuro.

AMIGO INOLVIDABLE

No es fácil resumir en pocas líneas su disponibilidad total y su afecto sincero, pero ambas maneras de ser han dejado una huella imborrable en todos los que disfrutamos de su inolvidable amistad. Por eso Enrique siempre estará presente en nuestras vidas, en la de todos los que tuvimos la gran suerte de conocerlo y de tratarlo como si fuera nuestro hermano más querido. Aquella fraternidad no sólo no la olvidaremos jamás, sino que ha forjado en nosotros un especial modelo de vida personal y social.

Esta faceta de gran amigo, que es envolvente en toda la vida de Enrique, queremos reforzarla Maribel y yo desde el ámbito común de ambos. Recordamos con gran cariño el interés que mostró siempre porque los dos formáramos parte de la prestigiosa Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba. Una de sus últimas tareas en ella fue precisamente mi propuesta de nombramiento de académico correspondiente por mi pueblo, Puente deume, que resultó aprobada para satisfacción de ambos pues sabíamos del empeño que siempre tuvo en este sentido. Asimismo, contó con nosotros para participar en diferentes Ciclos de conferencias que como coordinador organizó con el Ejército, la Fundación Caja Rural, entre otros organismos. Desde estas líneas mi eterno reconocimiento a Enrique como alumno, compañero, secretario y, sobre todo, como amigo.

José Manuel

Queremos reseñar que asimismo fue el artífice de que perteneciéramos a «Vuelva Vd. mañana», esa asociación de entrañables amigos que nos llevó muchas veces a la feria de Córdoba y que favoreció que José Manuel se adentrara en el mundo del mayo y feria cordobeses, no menos importante. Este ámbito fuera de lo académico, hizo que mantuviéramos una relación de amistad más personal que propició que nos conociéramos más y mejor para disfrutar de reuniones familiares y sociales distendidas.

Enrique ha dejado una huella imborrable de honradez, trabajo, esfuerzo, afecto, cariño y un sinfín de buenos sentimientos y principios que se vieron reforzados en su enfermedad. Durante ella y hasta sus últimos días, además nos dio ejemplo de fe, esperanza, fortaleza, humildad, paciencia... y ganas de vivir. Por su personalidad y generosidad en esta dura enfermedad que padeció, además de tener a toda su familia, fue de nuevo el aglutinador de todo el cariño y disponibilidad de sus amigos que son muchos y auténticos. Enrique, allí donde estés, tienes que saber que siempre estarás en nuestro recuerdo y en nuestros corazones.

Maribel y José Manuel